

CAPITULO NUEVE.

De la conversion de Hernando Cortesero, y de su virtuosa ocupacion.

QUANDO Hernando Cortesero tenia pensamientos de volverse á su tierra y remediar sus hijos, ordenaua Dios a poner fin a los cuidados que le tenían preso y le estoruauan el començar a caminar por lu vereda estrecha de la virtud y perfeccion. Robaronle vltimamente ladrones la mayor parte de los bienes terrenos, para que quitase el afecto y amor de lo temporal, y la bondad de Dios le enriqueciese de los thesoros de su gracia. Ayudado de ella y haciendo memoria de los robos y de los demas sucesos de su vida, se resoluió de dejar todo lo que es vanidad y mundo, y buscar otro mas seguro modo de viuir, que a su alma fuese de mas provecho e interes. El modo que quiso tener fue desposeerse de lo que le hauia quedado, y darlo a los pobres. Estando con este pensamiento se fue a consultar esta determinacion con su confesor, que era santo y prudente, el P. Diego Lopez, de la Compañia de Jesus, y de los primeros que esta sagrada Religion trajo a la ciudad de Mexico para enriquecerla con enseñança y exemplo, y bien de las almas. El de Hernando Cortesero salió desta consulta, porque despues de hauer hecho vna bien examinada confesion general, disposicion muy acertada, y las mas veces necesaria y forçosa, le aconsejó muy doctamente el Padre confesor que de la hacienda que le hauia quedado hiciese cinco partes: las quatro remitiese a sus hijas y se quedase con la otra para sustentarse, hasta que sobre la mudança de su vida se tomase mejor acuerdo. Todo lo puso por obra Cortesero, y remitidas a Jaen las quatro partes con personas seguras y abonadas, quedose con su parte; pero el enemigo comun de nuestro bien, mal contento de los que hauian de seguirse de la execucion deste dichoso principio, asiose desta parte con que se hauia quedado para molestarle, persuadiendole importuno que voluiese a su trato y mercancia, y pues con menor principio hauia començado y grangeado para sus hijos y para que le lleuasen ladrones, buscase ahora para sí, cumplida la obligacion que le hauia traído a estas partes. Mucho le apuró este pensamiento, que luchando con su cudicia estuuu muchas veces para dar al traste con él y en tierra, de donde milagrosamente se hauia leuantado. Proponiale el astuto enemigo la fortuna que en tratar y contratar le hauia siempre fauorecido, y que no por vn robo que le hicieron, caso que fue contingente, hauia de acouardar, pudiendo fortalecer la tienda y viuir la barua sobre el hombro. Con estos y otros pensamientos, y con el apretador de su propia avaricia, se hallaua confuso Cortesero. Valiose de su confesor, y comunicandole la apretura en que se veia y el peligro que tenia de voluer a los embaraços de su mercancia, quedó concertado entre los dos que vistiendo con aquel dinero los pobres del hospital de los conualecientes, se quedase en él y con el traje que visten los hermanos de aquella casa, que se dedican a la dificultosa cura de los que han perdido el juicio. Es ésta vna cassa donde con piedad christiana recogen a los que padecen esta enfermedad incurable. Tiene por nombre San Hipólito, es-

Resolucion que Dios le dió para dejarlo todo.

Consulta á su confesor.

Tentaciones para dejar lo començado.

Entra á ser hermano de los conualecientes en S. Hipólito de México.

tá

tá al fin de la ciudad de Mexico, a la parte del Poniente. El dia de San Hipólito martir, que es a trece de Agosto, celebra Mexico fiesta pomposamente en memoria del dia que fue ganada por los españoles y cantaron victoria del Imperio Mexicano y quedó conquistada y por el Rey Catholico de España. Hanse consagrado en este hospital vn genero de hombres christianos y charitativos, vestidos de paño de color pardo, y es conocida su virtud y experimentado el bien y la vtilidad que a los pobres se les sigue. En este hospital se recogió Hernando Cortesero, empleando su caudalejo en vestir a pobres y dedicando su vida en seruirlos, el que tan avariento fue con su persona y tan esquivo con ellos. La mano de Dios le ha trocado y ésta es obra propia de la Omnipotencia diuina, que no solo da Cortesero a los pobres, sino que a sí mismo se da y se dedica para seruirlos perpetuamente. Puede gloriarse la insigne ciudad de Mexico que en ella se conuirtiese y totalmente se apartase de todo y lo dejase Hernando Cortesero, y que el llamamiento tan repetido y la espera que Dios hizo a este hombre dispuso su bondad que fuese en Mexico, y entre los locos que sustenta en San Hipólito hallase el que tanto tiempo lo hauia sido, tal cordura, que renunciando todo lo que tenia y podia adquirir se hiciese verdadero pobre y començase a ser rico de los thesoros de la gracia, que en Mexico dio tan feliz principio, para entrar muy abundante de riqueças en el cielo: que en las Indias adquirió Cortesero muy grandes thesoros de santidad, que a las grandeças mexicanas añadiese ésta por grande y exelente. Dió tan feruoroso principio el hermano Cortesero, que parece que por lo que tardó en venir tarde a seruir a Dios, en breue tiempo queria desquitar lo perdido y ganar y aprouechar mucho. Fuelo, y con tantas veras trató este negocio, que en pocos dias le asentauan tan bien los exercicios santos, como si huiera cursadolos desde su niñez. Era notable su recogimiento y retiro en su aposento, acompañandose con la oracion, a que procuró darse mucho, y aun en sus principios fue grande la medra que en este exercicio tuuo. Era humildisimo y entre los demas hermanos manso, afable, y con vn genero de virtud tan hidalga, que a todos agradaua y todos le respectauan. Fue tanuien pacientisimo en curar pobres furiosos; fue pobrisimo de espiritu, contentandose con pobre vestido y corto mantenimiento que el hospital le daua. Daua muchas veces gracias a Ntro. Sr. por las mercedes que le hauia hecho de desembaraçarle, para que con promptitud de ánimo le siruiese y agradase. De todas estas virtudes tuuo vn gran maestro, el primer inuentor deste modo de viuir en Mexico, llamado Bernardino Alvarez, gran sieruo de Dios, de quien aprendia verdadera resignacion. Fue tan buen dicipulo, que le dejaua todo el gouierno de la casa, fiando de su diligencia, modestia y buen exemplo, assi para la cura de los enfermos, como para la puntualidad de los otros hermanos que la administrauan. Y si bien en cosas tan caseras se portó con gusto de todos y satisfacion del hermano mayor, con la misma, y las fianças que su conocida virtud daua, le enuío al hospital de Oaxtepec, donde hauia algunas disensiones y pleitos; y con la asistencia del hermano Cortesero, sus palabras modestas y santo celo, todo se compuso y ordenó, de suerte que en pocos dias, hauiendo auiso del buen estado, le voluieron a Mexico, de donde salió para ir al hospital de Jalapa, que está en el camino que hay de la Veracruz a la ciudad de Mexico. Enuiaron a Jalapa al hermano Cortesero para que lo pusiese en perfeccion. El cuidado destes hermanos no es solo curar los enfermos del hospital de San Hipólito, sino que a los pobres que vienen de España: tienen en el puerto de San

Sus virtudes.

Va á Oaxtepec.

Vuétuenlo á México y sale para Jalapa.

Juan

Juan de Ulúa, que es la Veracruz, vn hospital donde los recogen, y alli tienen al tiempo en que suelen venir las flotas vna gran requa de mulas de silla y de carga en que los traen con mucho regalo hasta Jalapa, que son veynte leguas, donde se reforman y descansan, y despues pasan a otro hospital que tienen en Perote, y de alli a otro que tienen en la ciudad de la Puebla, y todos estan con boticas abastecidas de medicinas para que los que vienen enfermos se curen, y luego pasan a Mexico donde buscan modo de viuir. Puesto el hermano Cortesero en Jalapa lo reedificó en lo temporal y siruió con grande exemplo de virtud y de humildad en él, donde con particular cuidado y deuocion puso en medio del patio vna cruz muy alta con peaña de piedra; y entre muchas cosas que en este hospital le sucedieron, dos son dignas que se sepan: la vna es, que del trauaje continuo de la obra de sus penitencias, que eran muchas, o por otras causas naturales, enfermó de vna apostema que le tuuo muy cercano a la muerte, para la qual ya el sieruo de Dios estaua preuenido con los Santos Sacramentos. Tenianle tan flaco los accidentes, que no podia rodarse ni sentarse en la cama si no era en otros brazos, para lo qual y su consuelo le asistia vn hermano que leuantandole vn dia le apretó con las quantas grandes de vn rosario que traia al cuello, y fue de suerte el abraço, o por mejor decir, la delicadeça del enfermo, que era tal, que le quebró vna costilla. El dolor del repentino subceso acrisoló bien su paciencia, y pasando lastimosamente con algunos remedios que con presteça se le hicieron, estando a la noche lleno de dolores y fatigas, deseando verse libre de las que consigo trae esta mortal viuenda, se puso a hablar con los santos médicos San Cosme y San Damian, que desde el dia que se dedicó a ser enfermero los tuuo por deuotos y abogados, y les habló assi: «Santos bien auenturados y amigos de Christo, no os pido que me saneis, sino que alcanceis del Señor que me saque desta vida y me libre del gran tormento que padezco.» Luego al punto los vido entrar por su aposento, resplandecientes y gloriosos, y llegandose a su cama le tocaron a la costilla quebrada. Sintió tan grande dolor, que dió tal grito, que no solo despertó al hermano que le asistia, sino que inquietó toda la enfermeria, y confuso y espantado preguntó qué dos hombres eran los que de alli salian con tanta luz y hermosura? Pareció a todos que esta pregunta era efecto de su gran flaqueça o imaginacion fantastica de sus desuelos y cercana muerte, pero confirmose en la pregunta, y acauó de entender que sin duda eran los santos sus deuotos a quienes hauia inuocado, pues ya sin el dolor que le hauia obligado a gritar se sentia bueno no solo de la apostema sino de la costilla, que ya, como todos vieron, estaua sana. Quedaron todos con la admiracion que pedia caso tan milagroso, dando gracias a Ntro. Sr. y alauando su inmensa bondad, pues tan manifestamente se declaraua.

Fue célebre este subceso entre todos los que antes le vieron enfermo, y tanto, que ya le llorauan por muerto, y ahora le veian que se levantaua de la cama sano y alentado, como si tan prolijos y peligrosos males no le huieran afligido. Despues de algunos meses, estando sentado a la puerta de la enfermeria, entró por la del hospital vna niña de hasta diez años, española, aunque trigueñita, de buenas faiciones y raçonable vestido, y sin hablarle otra palabra le dijo: «Padre, yo me vengo a morir.» Sonriose el sieruo de Dios, y haciendo donaire del dicho le respondió que si la muerte era por miedo de algunos açotillos, que él la llevaria a su casa y con sus padres o parientes compondria la pesadumbre, que no seria tan grande que con su per-

Sánalo
milagrosa-
mente
San Cosme
y San
Damian

Singular
caso que en
Jalapa le
acontece.

sona no quedasse llana y compuesta. La niña respondió, sin querer decir cuáles eran sus padres ni dónde era su casa, que no venia sino a morir, y que seria cierto su fin otro dia a las nueue; que le rogaua que despues de muerta nadie la descubriese, y que assi conuenia morir para ir a dar quenta en el Supremo Tribunal de cierto caso graue. Con toda esta resolucion hablaua la niña, y el hermano Cortesero la hiço regalar y dar cama, burlandose de las que le parecieron niñerías. Pasose con esto aquel dia, y otro por la mañana vidola buena y que no hacia cama, y dejandola en casa se fue a oír misa a el Conuento de San Francisco, y quando voluió la halló difunta y supo que hauia sido a la mesma hora de las nueue, que hauia dicho. Hiçose diligencia en el pueblo y en la comarca y no se supo quién era, de dónde hauia venido, ni huuo persona que la conociese ni tuuiese noticia de ella, que por ser tierra corta y de pocos vecinos fue mayor la admiracion, y la es muy grande el hauer estado el sieruo de Dios siempre ignorante de lo que esto pudo ser; y entre muchas cosas que Ntro. Sr. le reueló, ésta siempre le fue oculta. ¡Benditos sean sus diuinos misterios, que para mayor reuerencia suya quieren que se celebren con silencio, no haciendonos sauidores de mas de aquello que importa para nuestra saluacion, sin que la curiosidad humana tenga donde fundar la vanidad de sus discursos, dejandolos siempre dudosos para que teman y respeten!

CAPITULO DIEZ.

Cómo el sieruo de Dios, el hermano Cortesero, fue a la Veracruz, y de lo que sucedió allí.

POR la experiencia que se tenia ya de la virtud y buen exemplo del hermano Cortesero, le enuiaron desde Jalapa que fuese al hospital de la Veracruz, que es el puerto de San Juan de Ulua, para que se reformase. Fue a aquella ciudad, y primero que él hauia llegado la noticia de su piedad y humilde llaneça. Fue de todos bien receuido, querido y estimado, porque cada dia crecia en santidad y a todas horas acudia a socorrer las necesidades y aflicciones de los enfermos, considerando en cada vno de ellos a Jesu-christo crucificado. Era deuotissimo del misterio de la cruz, y vn domingo, a las ocho de la mañana, reçaua el santo Rossario, sentado en vnos corredores que mirauan a la mar, y allegó a él vn manceuo de buen talle y brio, vestido a lo clerical, que despues de algunas cortesias sacó vna cruz de extraordinaria madera y le dijo: «Esta cruz traigo para Vm., y lo que le suplico es que no se deshaga della hasta el vltimo término de su vida.» Reciuola el sieruo de Dios, y besandola prometió el cumplimiento de lo que le pedia. Preguntole Cortesero si era sacerdote, y diciendo que sí, le rogó que allí podria decir misa, que con grande aseo le darian recaudo; á lo qual dijo el clerigo que no podia por hauer de passar luego a tierra firme, que tenia que hacer alla, conque se despidió y se fue. Apenas se despidió quando el corazón del hermano Cortesero no le cauia en el pecho sintiendo vn nueuo cuidado y desseo de sauer mas del manceuo clerigo. Subiose a vn balcon alto

Va á la Ve-
racruz

Conside-
racion al
curar los
enfermos.

Singular
cruz que
Dios
le envió.